

Ercole Lissardi

1954

Guardo intocado un recuerdo con el que quisiera hacer una contribución al tema que en esta ocasión los concita. Sucedió durante la visita del renombrado biólogo Otto Von Viereck a nuestro país, en julio de 1954. Ustedes recordarán, quizá, que cuatro meses después de su visita Von Viereck y su esposa, Veronika, desaparecieron sin dejar huella en Frankfurt, donde residían. Junto con Elizabeth, mi esposa y hermana de Otto, viajamos de inmediato a Alemania, y gastamos una fortuna pagando una investigación privada que no pudo darnos la menor certeza respecto de su paradero. Recuerdo que, una vez cerrada la carpeta que contenía el informe final y guardado en el cajón del escritorio el cheque con el que le pagamos, el coordinador de la investigación se sacó los anteojos de culo de botella, los puso encima de la carpeta de forma que parecía que lo miraban, los miró y, como si les hablara a ellos, dijo simplemente a manera de conclusión: “Yo que ustedes iría a preguntarle a los norteamericanos”.

Por entonces los norteamericanos todavía eran los que hacían y deshacían a su antojo en Alemania, de manera que fuimos al Consulado en Frankfurt y preguntamos por los desaparecidos en cada una de las secciones: visas, pasaportes, becas, asuntos culturales, comerciales, militares, deportivos, etc., sin resultado alguno, hasta que nos derivaron a una oficina en el subsuelo, la oficina de la CIA. Allí un señor con aspecto de vendedor de aspiradoras nos dijo que creía conocer la respuesta al misterio. “Casi seguramente su hermano fue secuestrado por los servicios secretos soviéticos, fue llevado a la zona oriental y de allí a la Unión Soviética”, dijo, y mostró las palmas de las manos significando impotencia. “El doctor Von Viereck no quiso ni colaborar con nosotros ni recibir nuestra protección”.

En ese momento Elizabeth no dijo nada, pero luego me explicó que las palabras del burócrata le habían revelado indirectamente lo que había sucedido: cuando Otto se negó a emigrar a los Estados Unidos los americanos lo entregaron a los soviéticos en algún intercambio secreto de rehenes, prisioneros, chismes, favores o lo que fuera. La ilusión de Otto de pasar desapercibido permaneciendo en Alemania resultó tan efímera como su familia y sus amigos le advirtieron que resultaría. Regresamos a casa a fines de marzo. Aquellos eran los años dorados de la fábrica, continuamente se nos abrían nuevos mercados, construíamos nuevas instalaciones y había nuevas

tecnologías para aprender y aplicar. No podía darme el lujo de permanecer alejado por más tiempo. Aunque contadas veces volvimos a hablar del asunto -de hecho, nunca apareció un elemento nuevo en lo concerniente a la desaparición-, sé que Eli guardó en su corazón la seguridad de que volvería a ver a su hermano. Hasta hoy sigue creyéndolo. La caída del Muro de Berlín, y luego la disolución de la Unión Soviética la llenaron de nuevas esperanzas. Durante estos últimos años ha estado esperando día tras día recibir noticias de Otto, pero nada ha sucedido. Recientemente hemos analizado la posibilidad de viajar a Rusia para intentar ubicarlos, si es que viven -pero si vivieran ya se hubieran comunicado con nosotros, sin duda alguna-, o por lo menos para intentar conocer su destino, identificar sus tumbas, o lo que fuera. Pero un viaje así implicaría costos que hoy no podemos enfrentar. Hemos fantaseado dirigirnos a organizaciones de Defensa de los Derechos Humanos, a la prensa, a la Academia de Ciencias de Rusia, publicando sus fotos más recientes, quizá las últimas que se les tomaron -que son las que nos sacamos juntos en Piriápolis, y que aquí las tengo, a la vista, mientras escribo, y de las que Eli tiene guardados, en perfecto estado, los negativos-, en fin, hemos fantaseado todo un renovado despliegue de actividad de búsqueda que aún no hemos comenzado, en primer lugar, sin duda, porque estamos bastante viejos y achacosos, y ya no contamos con recursos financieros abundantes, pero sobre todo porque ¿quién habría de ayudarnos a dar con el paradero de un científico cercano a los círculos del poder de los nazis?, los judíos seguramente, para abrirle un expediente y mandarlo a pudrirse otra vez en prisión, en el mejor de los casos. Lo que yo creo, conociendo a Otto -no tanto personalmente pero sí a través de los recuerdos de Eli- es que, si los americanos lo entregaron a los soviéticos, es seguro que también con ellos se negó a colaborar, y en ese caso, para convencerlo o para castigarlo, lo torturaron hasta matarlo, o lo dejaron pudrirse en algún gulag, en la Siberia más remota.

Pero volvamos a julio de 1954. Entonces éramos jóvenes, y estábamos llenos de vida, y si no éramos ricachones, les aseguro que no nos privábamos de nada que se nos pudiera antojar. Otto vino a Uruguay, específicamente -según nos dijo- para presentarnos a su joven y flamante esposa, Veronika Blakenhof, la neuróloga más

brillante de su generación, y eso es decir mucho cuando se trata de Alemania, aunque a nadie inferior podía esperarse que escogiera Otto como esposa. Veronika había nacido en Japón, donde su padre era embajador antes de la guerra, había pasado la guerra en Brasil, donde su tío amasaba fortunas con sus minas de diamantes, y había regresado a Alemania hacia 1950 para ocupar un cargo de jerarquía junto a su otro tío, Rector de la Facultad de Medicina de la Universidad Ludwig Maximilian de Munich. Era una especie de Princesa del Mundo a la que todos los privilegios habían sido concedidos. Rubia, de ojos azules, rasgos de delicada belleza nórdica... belleza afeada por el rictus entre duro y despectivo que estaba siempre por aflorar en sus labios de un pálido rosa. Su cuerpo, perfectamente atlético, perdía la gracia que debía serle natural debido a una especie de rigidez en los movimientos, algo robótico, o militar. Lo suyo no era el glamour, ni la ostentación, su actitud era retraída, pero sin dejar de estar atenta a todo su entorno. Era el tipo de persona que no necesita abrir la boca para que se perciba el poder de su mente. Su medida sonrisa era a la vez enigmática, burlona, invitadora y despectiva... Aunque con un inocultable acento prusiano, hablaba el español con una perfección gramatical -condimentada, sorprendentemente, con modos y peculiaridades del habla rioplatense- de la que estaba muy lejos Elizabeth, que llevaba más de diez años viviendo en nuestro país. Otto, por su parte, a duras penas se expresaba en español, y a menudo recurría a las traducciones de su mujer o de su hermana.

Miro las fotos mientras sorbo despacito del tazón de café con leche que acaba de acercarme Eli, acerco un poco más los pies a la estufita de cuarzo, único recurso con el que contamos para mantener a raya al invierno, y me dejo ir en pensamientos y en recuerdos, y cada recuerdo le abre la puerta al que viene detrás. Me pregunto qué habrá sido de la belleza señorial de Veronika en las cárceles soviéticas. Mi memoria, debo decirlo, funciona con precisión fotográfica, y al recordar a Veronika revivo con intensidad casi insoportable cada momento vivido en aquella visita. La sangre se me espesa, y se me agolpa, y una ola inesperada de calor me calienta el pecho y las mejillas. Porque, y aquí voy al grano, debo comenzar mi relato refiriéndome a la forma en que la mera presencia de ella me afectaba: simplemente no me atrevía a mirarla a

los ojos, tanto me impresionaba la mezcla de fuerzas y potencias del Espíritu que me parecía que acechaban amenazantes, agazapadas en el abismo azul de su mirada. Téngaseme paciencia: piénsese, para calmar la suspicacia, que soy un romántico delirante, y que estaba aterrado por la brutal irrupción en mi tranquila existencia de un caótico “amor a primera vista”. Ya se verá que el espanto que Veronika me provocaba irradiaba, en realidad, de fuentes más secretas e inesperadas. La espiaba yo de reojo, de perfil, de lejos, como si de enfrentarla la radiación de su rostro fuera a desnudarme y achicharrarme. Aun ahora, que ya no quedan de ella ni los gusanos que la devoraron bajo tierra, puedo sentir cómo me erizaba estar cerca de ella, como si estuviera al alcance de algo poderoso, misterioso y terrible. Con todo... pobre Veronika... sin duda que era una mujer muy peculiar, como concluirán ustedes de mi relato, pero yo exageraba, quizá, en la forma que me impresionaba, bastante más allá de lo razonable.

Y sin embargo así me sentí desde el mismísimo principio, cuando al bajar la escalerilla del DC4 de Iberia -el mismo que cuatro meses más tarde nos llevaría, a Eli y a mí, a Europa- y caminar bajo la llovizna hacia el edificio del Aeropuerto, respondiendo al llamado de Elizabeth miraron Otto y su mujer hacia la terraza desde donde los saludábamos llenos de entusiasmo, cobijándonos bajo mi gran paraguas negro con mango de marfil, el mismo que duerme en el fondo del último cajón del ropero en cuyo espejo me miro sin verme mientras escribo esto -paraguas que Eli ya no me deja usar porque teme que mis distracciones de viejo, o los punguistas, puedan conspirar para cambiarle de dueño. Veronika levantó el rostro para mirarnos desde debajo del ala de su sombrero y a mí, al verla, ya entonces, en ese mismo momento, se me congeló, con el corazón, la sonrisa de bienvenida. Así fue desde el mismísimo comienzo y así siguió siendo cada minuto de los diez días que pasaron con nosotros antes de seguir viaje a Buenos Aires y a Santiago para continuar pasando revista a los escombros resultantes del derrumbe y la dispersión de su círculo de cófrades y correligionarios.

Me he quedado mirando las fotos tomadas en Piriápolis aquellos días de julio de hace ya casi medio siglo. Son todas de cuerpo entero, pero con la ayuda de una lupa exploro

aquel minúsculo rostro borroso en busca de más detalles de su fisionomía. Cuando se parte en busca de unos recuerdos atravesamos capas como de bruma, y a medida que se van haciendo más precisos los recuerdos, mayor y más obsesiva se vuelve nuestra exigencia de precisión, porque intuimos la inminencia de revivir plenamente la emoción del momento. Ampliada por la lupa una Veronika en tonos de gris me mira desde la cartulina abrillantada. Es a mí a quien mira: si no estoy en el encuadre es porque estoy tomando la foto. Tomados los tres del brazo Otto y Eli sonríen a la cámara. Veronika no. En su rostro hay una expresión dura, casi amenazante, conminatoria... ¿conminatoria de qué? Exige mi sumisión... Ha querido hablarme a través del lente de la cámara. Y casi medio siglo después, cuando hace seguramente largo rato que está muerta, me sigue hablando. Exploro su rostro con la misma unción temerosa y deslumbrada con que, furtivamente, lo hacía entonces. Algunos de ustedes bostezan ya: piensan, y los comprendo, que chocheo divagando con el recuerdo de un enamoramiento vagamente adulterino, y que me estoy yendo lo más lejos posible del tema que nos convoca. No lo crean. Esto, tan vago, es esencial: si yo no me hubiera sentido así -inferior, fascinado, aplastado por su mera presencia, íntimamente sumiso- y si ella no hubiera captado el efecto que me producía, entonces seguramente que ella no hubiera actuado como actuó, que es lo que intento relatarles.

Sucedió el penúltimo día de su estadía. Aunque, como es natural, se alojaron en casa, yo había podido estar poco con ellos. Siempre pasa lo mismo: todas las cosas importantes tienen que convergir en un breve lapso. En esos días necesariamente tenía que irme a la fábrica temprano en la mañana y volvía al final de la tarde. Salíamos a cenar, y entre el sábado y el domingo fuimos a Carrasco, al Cerro, a Maroñas, a la presentación en el Teatro Solís de un pianista alemán cuyo nombre no ha retenido mi memoria. También tuvimos en casa una reunión con viejos amigos y conocidos, mayormente pertenecientes a la colectividad alemana. Otto no se midió, y la reunión resultó por demás abundante en discretos gestos de desagrado y silencios incómodos, y bastante más dilatada de lo que todos deseábamos. Ni qué decir que, por entonces, la gente empezaba a estar en muy otra cosa. No voy a decir quién fue, pero hubo quién, así de tardíamente, aprovechó la ocasión para expresar su asombro y su

repudio por ciertos aspectos de la guerra, que Otto mencionó al pasar. En el correr de la semana Otto tuvo una media docena de citas, de negocios según Eli, que las concertó, y sobre las cuales no quiso entrar en detalles conmigo. Yo estaba por aquellos días demasiado ocupado como para permitirme ser curioso. Sólo bastante después, en Alemania, rumiando el misterio de su desaparición, Eli me contó que en aquellos días Otto vio “a un profesor de filosofía, a un militar de alto rango, a un gerente de banco, a un político retirado de la vida pública, y a un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores”. Sé que de regreso a Montevideo Eli vio, o intentó ver, a algunas de estas personas, sin resultado alguno en lo referente al esclarecimiento de la desaparición. Veronika, por su parte, ocupaba el tiempo libre en la lectura de densas carpetas de mecanografiados, y acompañó a Eli en un par de excursiones de compras de las que regresó con las manos vacías. “Nada le gusta” suspiró Eli, encogiéndose de hombros “todo le parece feo o de mala calidad”.

Al acercarse el segundo y último fin de semana de la visita Eli me pidió que saliéramos de la ciudad. “Vámonos a Piriápolis” sugirió. “Necesito estar a solas con Otto, lejos de todo, caminar por el bosque de la mano como cuando éramos niños en Freiburg. Necesito volverme a llenar el corazón con la pureza de los ideales con los que Otto y yo soñábamos entonces. Lo necesito y sé que también Otto lo necesita. Será como una nueva comunión en el Espíritu, y un renacer a la vida después de tanto dolor y de tantos desastres”. Comprendí perfectamente y no pude sino acceder. Ese fin de semana precisamente me entregaban el Lincoln 1953 prácticamente sin uso, único ejemplar en la ciudad, que le había comprado a José Muñoz, el Jefe de Policía. Ocho cilindros en línea, 160 kilómetros por hora, tapizado de cuero, ventanillas automáticas, una maravilla que un coleccionista me pagó, veinte años después, tres veces lo que pagué -en dólares, porque para entonces ya estábamos en el infierno de la inflación galopante. Me pareció una espléndida manera de estrenarlo aquel viaje a los orígenes de Eli y Otto. Me atreví a soñar que aquel fin de semana mágico y feliz apagaría en Elizabeth ese aire melancólico que tantas veces desde que la conozco le sorprendí cuando creía no ser vista. También me atreví a pensar que aquel viaje diluiría el aura de severidad amenazante que me parecía que pesaba sobre Veronika.

El sábado a las ocho de la mañana me entregaron el auto y a las ocho y media estábamos prontos para partir. Otto había abandonado su gesto habitual, entre envarado y arrogante -casi una máscara hollywoodense de militar prusiano- para pavonearse con lo bien que le quedaba el sweater que su hermana le había regalado, pero cuando vio el Lincoln no pudo menos que silbar apreciativamente mientras lo inspeccionaba de cabo a rabo. “El automóvil que prefieren los presidentes norteamericanos” comenté, con orgullo mal disimuladamente pueril. “Permíteme conducirlo un rato” condescendió a pedirme. Y, con una pizca considerable de sarcasmo -pero sólo ahora lo recuerdo, casi medio siglo después, porque ni siquiera lo recordé cuando nos sugirieron acudir al Consulado, en Frankfurt-, agregó: “Quizá manejándolo me convenza de aceptar la oferta de los americanos”, y una sonrisa despectiva volvió, por unos instantes, a colgar de sus labios. Los tristes hechos posteriores parecen demostrar que tal cosa no sucedió.

Sobre las nueve y media pasamos por Pando, y no eran las once cuando en Pan de Azúcar dejamos la ruta para tomar el camino hacia Piriápolis. Yo creo que en el rato de aquel viaje fue cuando los cuatro, como grupo, conseguimos nuestro mejor nivel de comunicación. Fue una especie de paréntesis sin roles ni máscaras en el que hablamos hasta por los codos y en el que nos reímos a las carcajadas de cualquier tontería, como la soledad de una vaca en medio del paisaje o la dificultad de pedalear una bicicleta contra el viento y en subida. Hasta Veronika estaba más animada, aunque las sonrisas que asomaban en su rostro se veían rápidamente reprimidas. Empezaba recién a soplar una sudestada, y en el paisaje se sucedían apresuradas las sombras de las nubes y las breves pausas soleadas.

“Se siente igual que nuestro viento del Norte. Frío, majestuoso, espléndido” exclamó Otto, exultante, de cara al mar, al bajar del auto frente al Argentino Hotel. Eli lo abrazó: nunca había visto ni volví a ver ese brillo en sus ojos. Por un instante pude entrever a la Elizabeth que no conocí, la de antes del exilio. “Las potencias del Sur han comparecido para saludarte” respondió, emocionada. “Helado Meridión, que agitas las

aguas de este mar oscuro, te traigo el saludo del helado Boreas, que reina sobre las aguas transparentes” declamó Otto. Confieso que me emocioné un poco con la operática felicidad de los hermanos Von Viereck. El mar marrón lucía sórdido y violento, el sol nos calentaba una oreja mientras el viento helaba la otra, todo parecía perfecto. Lo era. Miré a Veronika, sospecho que un poco con cara de bobo, buscando su aprobación, y me encontré con que me estaba mirando fijamente, y con que no dejaba de hacerlo, y juro que en aquel mismo instante fugaz pensé, con total precisión y claridad, que me estaba mirando con ojos de lobo hambriento. Veronika werewölfin.

Lo sé, me extiendo mucho en detalles que quizá no vengan al caso. Así son los recuerdos a mi edad, no sólo se acuerda uno de que el piso era de baldosas, también se recuerda el diseño de las baldosas, y la danza de sombras de las ramas del eucalipto sobre el piso de baldosas, y lo que uno pensaba mirando el movimiento de las sombras... En fin, intentaré ser más conciso... Pero ¡qué demonios! Me da gusto la película en la que me sumerjo recordando aquellos momentos. De puro inocente, al recepcionista del hotel, un canariote pétreo, se le ocurrió comentar, con el pasaporte de Otto en la mano: “Alemanes, los nuevos campeones del mundo”, aludiendo al Mundial de Fútbol que había concluido días antes. Otto debe de haber tenido más de una mala experiencia con su pasaporte en los últimos años, de manera que fue ya amoscado que escuchó la traducción de Veronika, y fue con su más despectivo alemán que murmuró en respuesta: “Campeones mundiales de tiro al judío”, más que al rústico dirigiéndose a su mujer, que se limitó a soltar un sombrío: “Ja”. Me los imaginé disfrazados de cazadores tirolese, con la pluma sujeta en el sombrero de fieltro, la escopeta de dos cañones y los feroces ovejeros arrancando de sus madrigueras a los asustados y esqueléticos bípedos en pijamas rayados.

Almorzamos apenas sándwiches calientes y capuccinos para poder aprovechar al máximo las pocas horas de luz de la tarde invernal. Siguiendo la costanera rodeamos el cerro San Antonio, y por un camino de balasto y arena casi intransitable llegamos hasta Punta Colorada, apenas un caserío sembrado en un promontorio de cara al mar. Allí detuvimos el auto y bajamos para caminar sobre las rocas. Para entonces la sudestada

había alcanzado su máxima expresión y se hacía difícil avanzar contra el viento. Las olas se alzaban monstruosas, incesantes y furiosas, como decididas a liberarse de las orillas que las mantenían sojuzgadas. Otto trepó a la última roca y, de cara al mar embravecido, tambaleándose con cada racha de viento y salpicado por las gigantescas explosiones de espuma, se puso a cantar a voz en cuello algo que, evidentemente, implicaba al Héroe desafiando a las fuerzas de la Naturaleza. No sin riesgo -y nervios por mi parte - Elizabeth trepó a la roca para acompañar de cerca al imprecante. Veronika se me acercó. Fumaba con gesto elegante -a saber cómo pudo encender aquel cigarrillo con aquel viento. “Wagner” me informó con un tono entre lánguido y no sé qué otra cosa. “El crepúsculo de los dioses” agregó. Y luego con una buena dosis de sarcasmo, dijo: “Creo”. Evidentemente aquello le parecía un poco ridículo. A mí, por el contrario, me emocionaba. Me confirmaba, a los gritos, por cierto, en mi convicción de que al casarme con Elizabeth desposaba también al denso nubarrón de tragedia nórdica que, hasta donde sé, envuelve a los pasados y presentes protagonismos de su familia en el Gran Drama Alemán.

Otto y Eli finalmente bajaron de su imponente pedestal y se fueron caminando enlazados, las cabezas muy juntas, por la playita al Oeste de la punta rocosa, hundiéndose en la gruesa arena a cada paso. Veronika, por su parte, caminó de regreso al auto. Y fíjense ahora lo que les voy a decir: sentí temor de volver también al auto y estar allí con ella ofreciéndole conversación, que es lo que indicaban, sin la menor duda, las más elementales reglas de la hospitalidad. No lo hice. Como un perfecto energúmeno o como un imbécil, me quedé ahí parado frente al mar, aguantando un Sur que a esta altura soplaba con la furia con que ustedes saben que puede llegar a soplar. Para disimular... ¡me puse a juntar caracoles! Imposible confesarle de una manera más clara el miedo que me daba. Si, miedo... miedo sexual para decirlo con todas las letras. La edad, por cierto, no nos hace más sabios, pero la muerte de las pasiones que implica nos permite ver algunas cosas más claramente. Mi reacción instintiva estaba dictada por un miedo sexual. Para ser breve: era miedo a ser violado. Es difícil de explicar, y de comprender. Nunca se me había ocurrido que un hombre puede percibir a una mujer como alguien que puede atraparnos, violarnos,

devorarnos y dejarle los restos a la pudrición y a los bichos carroñeros. Sin que pudiera explicitármelo en aquel momento, Veronika era para mí una bestia con hambre sexual, una depredadora sexual, y si le daba la oportunidad me devoraría... sexualmente, quiero decir, aunque no hubiera podido decir en qué forma. Y por eso rehuí estar a solas con ella y me quedé recogiendo caracolitos, incurriendo en mala educación y en ridículo en su máxima expresión. Pensándolo ahora, imagino que mi cobardía más que protegerme lo que hizo fue excitar su ferocidad.

Recuerdo que la noche anterior Eli me había contado que en la escala que hicieron en Rio, Veronika había sido depositaria de archivos médicos ultra-secretos, memorias de neurólogos que trabajaron en los campos de exterminio. Aquello debe de haber influido para que se exacerbara esa tarde mi temor hacia Veronika. O quizá recuerdo mal y Eli me contó esa historia después de que desaparecieron. O cuando viajaron a Buenos Aires. Recuerdo que Eli me contó que Otto y Veronika esperaban realizar muy importantes contactos en Argentina. Agachado hurgando en la arena me distraje, hasta que de pronto su sombra me cubrió. Sentí su cercanía como si una bestia silenciosa y letal se me acercara por la espalda. No podía fingir que no había notado su cercanía, cuando su sombra me cubría. Algo iba a tener que decir. Todo, algo, no sé qué era horriblemente evidente, chirriante. Me parecía que me leía el pensamiento. Pensé que ella sabía que me intimidaba y que se había acercado nuevamente para demostrarme que tenía razón en temerle. “¿Encontraste alguna buena concha?” preguntó, tuteándome por primera vez. Y por absurdo que pudiera parecerme, supe que lo dijo con toda intención, a sabiendas del slang sexual rioplatense. “¿Encontraste alguna concha que tenga algo de particular?” insistió. A la luz de lo que habría de suceder, esta pregunta con todo y el tonito intimista y burlón, habría de resultarme, retrospectivamente, por demás significativa. Le mostré lo que tenía en la mano. Dejé caer sobre la gamuza de sus guantes las caparazones, comunes y corrientes, por cierto -por lo menos en nuestras costas. Las miró sin verlas mientras escogía las palabras fatales que diría a continuación, y que no dijo simplemente porque en ese momento reaparecieron Otto y Eli, sorprendentemente cerca y amoratados por el frío. “Ahora sí tengo abierto el apetito” declaró Otto. “En poco tiempo va a oscurecer. Necesitamos

un trago de algo fuerte” dijo Veronika, y con un gesto displicente y deliberadamente notorio lanzó al mar la cosecha que le había confiado, diciéndome así que no se había tragado mi súbito interés por los restos petrificados de las criaturas marinas, y que tarde o temprano volvería a ocuparse de mi persona.

Más tarde, en el hotel, mientras nos bañábamos y nos vestíamos, consideré la posibilidad de comentarle a Elizabeth los hechos. Sólo que... ¿qué hechos? Sólo hubiera sido capaz de balbucear unas pocas tonteras, sin más resultado que introducir un elemento negativo en el momento de felicidad que estaba viviendo con su adorado hermanito. A la luz de los acontecimientos posteriores -me refiero a la desaparición de ambos- me congratulo de haber contribuido con mi silencio a la prístina belleza de ese último encuentro, belleza que, cristalizada como está en tu memoria, ya nada puede modificar, ni siquiera la posibilidad de que eventualmente llegues a conocer este relato, querida Eli. Por entonces ya había comenzado la decadencia del Argentino Hotel, que desde hacía años estaba en manos del Estado. Con las restricciones de Perón a la salida de turistas se empezaba a hablar de convertirlo en una gran colonia de vacaciones para empleados públicos. Sin embargo, recuerdo que la cena nos pareció magnífica y que descorchamos varias botellas de vino blanco del Rhin.

Otto contó anécdotas gloriosas, Elizabeth canturreó canciones de su infancia, y Veronika y yo fuimos dignos compañeros de exaltaciones, avivando sus recuerdos con preguntas y comentarios comprensivos y cariñosos. Había poca gente en el salón comedor aquella noche invernal, y estaba toda instalada cerca de la gran estufa de leña. En medio de nuestra euforia una pareja de jóvenes, en sus treintas, como para manifestar su molestia dejó su cena a medias abandonando bruscamente el salón. Otto los miró irse con la mirada de quien expulsa a sus lacayos. Veronika captó el incidente, siguiendo la mirada de su marido, pero no le prestó más de un segundo de atención. Eli no se apercibió de nada. Seguramente Otto olvidó el incidente al instante, pero a mí me perturbó. Tanto es así que no olvidé jamás el rostro de aquel hombre delgado y ojeroso con el que volví a cruzarme -así es Montevideo- varias veces con el correr de los años. Es más, sin haber hecho, por supuesto, nada para averiguarlo, sé su

nombre y dónde está ubicado su pequeño comercio de joyería que ahora atiende con su yerno. No hace mucho, repasando una vez más con Elizabeth aquellas días felices - que para ella han terminado en convertirse en una especie de tiempo fuera del tiempo, perfecto, intocable para las miserias del mundo- le comenté por primera vez ese incidente. Quedó muy impresionada, y después de un rato de silenciosa cavilación, me dijo: “Ese incidente, tan bien o mejor que cualquier otra teoría, podría explicar la desaparición de Otto y Veronika”.

Hubo coñac y tabacos hasta tarde en la penumbra de junto a la estufa a leña crepitante y resplandeciente, y hubo una conversación entre los hermanos que cada vez se hizo más íntima hasta alcanzar esencias incompatibles. Fui el primero en desertar, declarándome agotado. No me sorprendió que, cuando ya pasadas las diez de la mañana pedí que me subieran café y tostadas, hubiera en la bandeja un billete de Elizabeth anunciando que había salido temprano con Otto para un paseo por el pinar visible al Oeste del hotel, y que no regresarían antes de mediodía. Desayunado me bañé y me vestí, y me dediqué a garabatear borradores para la correspondencia comercial de la empresa, que tenía bastante atrasada. Ni me pasó por la mente el deber de buen anfitrión con Veronika, quien, supuse correctamente, no había tomado parte en el paseo matinal. Más bien que, como instintivamente, me atrincheré en la habitación. De hecho, ni siquiera pensé en ella hasta que un par de discretos pero firmes golpecitos en la puerta abortaron, en el momento más sutil, una delicada propuesta comercial. Tan abstraído estaba hilando fino que, en un primer momento, al levantar la cabeza ni supe dónde estaba. Para cuando los golpecitos se repitieron, más exigentes, estaba consciente de quién llamaba a la puerta y el lápiz se me cayó de entre los dedos, como si las Parcas hubieran venido a buscarme. En ese estado de espíritu fue que abrí la puerta.

La veo como si la tuviera ahora mismo delante: sweater de cashmir negro con la v del escote apuntando inocua entre sus pechos de nadadora, falda de tela escocesa, amplia, acampanada, cinturón y chatitas de charol negro, las manos en los bolsillos de la falda y el cabello, que llevaba corto, aún húmedo, y peinado hacia atrás. A mí podía

asustarme, pero la verdad es que se veía bella y sensual. Hubiera sido difícil convencer a alguien de que en realidad era dura y fría como la hoja de una navaja. “Por lo menos tú estás aquí” ronroneó amenazante comenzando con el juego del gato y el ratón. “Pensé que había sido abandonada en este remoto rincón de las Antípodas. ¿Puedo pasar?”. Instintivamente me había quedado plantado en la puerta como decidido a impedirle el paso, pero tuve que ceder. Entró casi empujándome, y como en una acción de comando, inspeccionó rápidamente la sala, con mirada casi diría que entrenada. Su atención se detuvo, inevitablemente, allí mismo donde yo hubiera preferido que no se detuviera. Sobre la mesa de noche estaba el tomo de Freud sobre la teoría de la sexualidad femenina, en cuyos arcanos Eli pretendía penetrar desde hacía meses. “Ah, Freud...” dijo con tono claramente acusatorio. Me estaba pidiendo explicaciones, y, por supuesto, me rebelé y no le respondí. No tuvo más remedio que atenuar un poco la situación: “Yo también leí ese libro... el orgasmo emigrando del clítoris a la vagina cuando llega la hora del deber... Pamplinas”. Admiré su frialdad para quemar etapas: de golpe estábamos instalados en el nivel de la verbalización explícita. Me sudaron las manos, pero estaba decidido a no salir corriendo ni derrumbarme.

“Elizabeth es una mujer ordenada” comprobó, sin equivocarse, por cierto. “Debieras de ver el tiradero que es nuestra suite”. Se volvió hacia mí y me miró, con el mentón levantado en un gesto de autoridad casi caricaturesco. “¿Qué prefieres tú: una mujer ordenada o una desordenada?” preguntó, como si la respuesta no fuera de suyo. Si algo era más inaceptable que la pregunta en sí misma era el tono severo y exigente con que me la formulaba, como si fuera a recibir un castigo en caso de equivocar la respuesta. Esbocé mi sonrisa más caballerosa y le aseguré, zumbón: “Una mujer desordenada, por supuesto”, como si mostrarme obsequioso fuera a salvarme de algo. Con todo pareció relajarse un poco, complacida. “Ah, perfecto” se limitó a decir. Sobre el secreter estaban mis papeles y el lápiz. “Pero usted estaba trabajando” dijo acercándose a la mesa para comprobar qué tipo de cosa garabateaba. (Veronika oscilaba entre el ustedeo, el tuteo y el voceo, así como entre el español formal y el rioplatense, intentaré imitar su habla tal y como me la dicta la memoria). “Ya no” le respondí. “Ahora estoy enteramente a su disposición, Veronika” le aseguré. Aunque

asustado por la aceleración geométrica de la situación, vagamente mi estrategia era ponerme en plan seductor para generarle un rechazo que enfriara sus propias intenciones. Veronika me parecía que era el tipo de mujer ruda a la que le disgustan los burgueses pizpiretos. Me miró entrecerrando los ojos, insistentemente, como si calculara cuál era mi juego. Le sostuve la mirada, con una sonrisa bobalicona en los labios.

Se sentó en el sillón de junto a la ventana y entrelazó los dedos sobre el regazo. “Retrato del Demonio en tanto Dama Serena y Graciosa” hubiera yo escrito al pie de la postal. Se relamía de pura anticipación, como el gato que espera a que el ratón salga de su escondite. Algo iba a suceder, inevitablemente, porque Veronika era el tipo de mujer que no soporta estar en situaciones donde no sucedan cosas que le permitan ratificar su poder sobre los demás de la forma más descarnada. “En realidad” dictaminó, uniendo una mano con la otra, dedo por dedo, imitando a una araña sobre un espejo “sólo hay orgasmo clitorídeo, ya que es allí donde convergen las terminaciones nerviosas. Pero se puede alcanzarlo mediante la estimulación directa del clítoris, o mediante una estimulación indirecta, como la que se produce al actuar el pene en la vagina”. Y entonces agregó, a la vez que descruzaba las piernas: “¿Me explico? Voy a hacerle una demostración práctica”. Por un momento pensé que iba a separar las piernas y a mostrarme en vivo las diferentes formas de la estimulación del clítoris. “Acérquese un poco” sugirió, tal y como la araña le dijo a la mosca. No pude sino imaginármela haciéndole este trabajito fino a algún adolescente desprevenido. “Esta mujer es un monstruo, pensé, una violadora, una perversa profesional”. Me parecía estar atrapado en un grotesco número de cabaret.

Me acerqué, haciéndole evidentes todas las marcas de mi cautela. Cosa que no creo que la haya inquietado en lo más mínimo. Cerró entonces la mano izquierda dejando sólo el índice extendido, señalando al techo. Con el pulgar y el índice de la otra mano, como en un pellizco, aprisionó piel en la base del índice erecto, y tironeó rítmicamente, con la consecuencia de que el índice se movió a un lado y a otro como diciendo que no. “Cuando el pene ocupa la vagina” explicó “la mucosa de la vulva

adyacente al punto de penetración se tensa, y al entrar y salir el pene el tironeo que produce en la mucosa tiene el efecto de un masaje sobre el clítoris, aunque de hecho no se lo toque, así como yo, al tironear del dorso de mi mano, hago que se mueva mi dedo índice, aunque de hecho ni lo toque”. Pude haberle dicho que su explicación, y más aún su demostración, eran de una precisión académica y de una claridad meridiana, y quizá con eso hubiera podido terminar con aquella situación absurda y abyecta, pero intuí que no era eso lo que Veronika esperaba, y no me atreví a contradecirla. “Vera usted, Veronika” empecé, resignado “ni soy mujer ni soy un experto en anatomía femenina, como usted, ni soy tan don juan como para conocer con tanto detalle el objeto de mis deseos”. Mientras hablaba, capté el instante en el que su sonrisa ambigua se transformó en abiertamente lujuriosa. Estaba encantada, porque estaba recibiendo exactamente las respuestas que quería, como si me hubiese adiestrado a latigazos para conseguirlo.

Se paró y con la flexibilidad de una bailarina -siempre he pensado que las faldas acampanadas esconden deliciosas piernas de bailarina- metió las manos debajo de la falda y se inclinó para, con fugaces pases de manos y flexiones de rodillas, quitarse la bombacha, que desapareció instantáneamente en su bolsillo. “Mmm...” hizo y sonrió tal y como sonríe una hiena. “Me parece que lo mejor va a ser que lo veas con tus propios ojos” dijo y volvió a sentarse en el sillón. Cubriéndose con la falda las rodillas, con una especie de pudor coqueto y caricaturesco, dijo: “Ven aquí, sentate en el piso delante mio”. Su expresión se había suavizado un poco, quizá porque pensaba que no encontraría resistencia alguna, quizá porque había comenzado a sentir el cosquilleo. En ese momento sonó un trueno lejano y gotas de agua golpetearon en el vidrio de la ventana. Me pareció la oportunidad para zafar. “Llueve. Otto y Eli van a regresar de inmediato” balbuceé, desocultando la comedieta obscena de Veronika. “¿Y qué?” ladró, intransigente “Es sólo una lección de anatomía”. Decretado, pues, el fin de mi resistencia reapareció su sonrisa torcida, seductora según ella, pero sobre todo inapelable. “¿O qué creías?” insistió, ya abiertamente lujuriosa. “Sentate aquí” ordenó como se le ordena a un perro, o a un esclavo. Y todo, tal y como aquí lo consigno, con un recio y rancio acento rioplatense.

Juro que nunca antes ni después volví a sentirme así, como si estuviera obligado a obedecerle so pena de... ¿de qué? ¿Acaso iba ella a denunciarme, a exponerme públicamente, a destrozarme con las uñas y los dientes, a condenarme al oprobio, a los infiernos? Me senté en la alfombra a sus pies. Se remangó la falda y el viso, separó las rodillas y me mostró la vulva. No voy a decir que Veronika era la reencarnación de Venus, porque no soy ninguna autoridad en la materia, pero debo decir por lo menos que el rincón más secreto de su cuerpo era muy agradable de ver. Aunque no creo que “agradable” sea la palabra adecuada. Su vello púbico era escaso y muy rubio. Parecía como si una araña de la arena inusitadamente grande se hubiera emboscado en el lugar menos esperado. Soy un hombre fiel, no me interesa más dieta que la conyugal, de manera que ante tal desvergüenza mis manos sudaron, mis labios temblaron, se me apretaron los músculos de las nalgas, y lejos de sentirme estimulado como para lanzarme al ataque de la fortaleza escondida, quedé como pasmado, los ojos fijos en la araña inmóvil, esperando de la violadora nuevas instrucciones. Veronika terminó de asegurar el dobladillo de la falda en la cintura y luego aplicó un dedo índice a cada lado de los labios de la vulva. “Mira” susurró, como si fuera a mostrarme algo que dormía. Presionando con los índices y luego separándolos fue como descorriendo el telón de un pequeño teatro cuya escena interior era de un rosado tan pálido que casi parecía nacarado. “Es hermoso” me oí susurrar, sugestionado probablemente más por el ritual que por la cosa en sí. Me miró. Sonreía con una sonrisa como de drogada. “Sí, es hermoso” me confirmó, como si hablara del sexo de otra persona. “Mira ahora” dijo entonces con un hilito de voz. Sin dejar de presionar con los índices adelantó los dedos medios y con la habilidad de un cirujano terminó de separar completamente los pliegues interiores, rosados y somnolientos.

Así desplegada la vulva parecía un molusco de las profundidades abierto sobre una mesa de disección. Bello, misterioso, monstruoso. “Es el Templo interior” dijo con un temblor en la voz, como si ella misma se impresionara con la puesta en escena de su propia obscenidad. Me pregunté si más bien que de perversión no estaba aquejada de alguna forma de demencia sexual, si es que la hay. “Es el Templo interior en el cual va

a hacer su aparición... mi Rey". Yo por cierto que no veía más que las dos gargantas, la de los ríos dorados y la del misterio de la Vida. "¿Ves?" preguntó. "Veo" dije, mimetizándome por temor. Permanecía con los dos pares de dedos inmóviles, exponiendo delicadamente el interior de la fruta. "Mirá con atención" insistió. Evidentemente estaba loca. No había allí nada para mirar más que lo que estaba viendo. De pronto todo el tinglado nacarado, pese a estar firmemente sostenido por los cuatro dedos, se contrajo como si desde dentro le hubiera llegado la orden de replegarse. A la vez Veronika inspiró fuerte y ruidosamente por entre los dientes apretados y luego soltó una larga A diluida en puro aliento. No tengo otra manera de decirlo: disfrutaba del contacto de mi mirada en su vulva como si fuera una lengua. Otra vez volvió a contraerse la mucosa expuesta, y esta vez, al volver a relajarse, una gran lágrima, densa y apenas blanquecina brotó de la boquita superior y se deslizó suavemente hasta desaparecer dentro de la boquita inferior. "Uf..." hizo Veronika respirando hondo. "Continuemos con lo nuestro" dijo, inclinándose hacia adelante para mirarse el sexo abierto. "Ya se anunció, ahora va a comparecer" dijo, despejando cuanto pudo la zona más sensible. "¿Ves el clítoris?" susurró, como si de oírnos el minúsculo órgano fuera a asustarse y a negarse a comparecer. Me acerqué para mirar de más cerca. No me avergüenza confesar que para mí, como para la totalidad de los hombres, pienso, el clítoris es una entelequia, algo de lo que los expertos y las mujeres hablan con autoridad pero que es invisible y sólo se lo conoce por los efectos que libera si se lo masajea adecuadamente, como la lámpara de Aladino. Nunca he visto un clítoris ni pienso pedirle a nadie que me lo muestre, sobre todo no a Eli. Como todos, hago como que sé qué es, dónde está, cómo luce, cómo se lo manipula y para qué sirve. Pero por darle gusto -o sea, por no contradecirla- me acerqué tanto que nuestras cabezas se chocaron como en un gag entre infantil y obsceno. Parecíamos dos críos en plan de cochinadas. "Y bien ¿lo ve o no?" insistió ya un poco impaciente. Yo no veía más que la seda rosada. "Se supone" declaré ambiguamente. Una sonrisa entre pícaro y despectivo asomó a sus labios. "No lo ve ¿eh? Ni idea ¿verdad? Cuidado, no le vaya a morder un dedo".

Es increíble la cantidad de recuerdos que tenemos archivados, ordenados de forma tal que si uno va tirando del piolín con cuidado y sin apuro -como yo, que no tengo en estas tardes de invierno otra cosa que hacer más que esperar el noticiero, tomando mate tras mate de una yerba tan suave que no sabe a nada, pero que por lo menos no me irrita el estómago-, va emergiendo una cantidad infernal de detalles, a punto tal que parece como si uno volviera a vivir lo vivido y hasta siente uno que podría corregir aquel momento, haciendo o diciendo lo que en aquel entonces ni hizo ni dijo. Digo esto porque al recordar aquella sonrisa pícara que Veronika me dedicó, con la cara tan cerca de la mía y tan bellamente iluminada por la luz ambarina que entraba por la ventana ya empapada por la lluvia, he recordado también que en ese momento temí que me besara, como si de hacerlo fuera a envenenarme con su saliva o a arrancarme un pedazo de cara con sus dientes, pero a la vez, en ese mismo momento de pánico fantaseé salvar la distancia y aplicar mis labios sobre los suyos, separarlos con la lengua, encontrarlos dulces y dóciles, y beber de ellos hasta saciarme, seguro de que a partir de allí yo sería el que daría las órdenes y el circo empezaría a ser muy diferente.

“Tocá donde se juntan las ninfas” me ordenó. Ignorante de la anatomía vulvar puse el dedo, como quien toca timbre donde me pareció que algo se juntaba con algo. “Suave, torpe” siseó. “Justo debajo de la lengüita de piel que se forma donde se juntan las ninfas ¿siente como un granito, como una ampollita de piel apenas diferente?”. Me pareció que efectivamente había ubicado el detalle en cuestión. “¿Tan chiquito?” pregunté, genuinamente asombrado. “Crece” aseguró burlona. “¿Nunca lo viste crecer?”. No supe responder más que con una sonrisa medio idiota. “Pobre Elizabeth” mascullo. “Ponga juntos los dedos índice y medio. Así, como si fuera un revolver. Ahora insértelos, despacio”. Aquello era demente. Inaceptable. Veronika abriéndose la vulva con los dedos y yo insertándole los míos en la vagina era más de lo que podía soportar. Era de una obscenidad infantil. Veronika me parecía dividida por la cintura en dos personas: la de arriba, con la ayuda de su cómplice -yo-, estaba violando a la de abajo. Demente e indecente. ¿Hasta dónde quería llegar? Había algo vagamente criminal en aquello.

Quería huir, pero no me atrevía. Introduje en la boquita, abierta como en bostezo, los dos dedos, muy juntos y tiesos. El esbozo de un quejido escapó de su garganta, su pelvis se adelantó para recibir, y se abrió más, separando cuanto pudo las rodillas. El interior estaba húmedo, sedoso y cálido. “Más adentro” pidió entre dientes, sin quitar la mirada de la maniobra. Obedecí hasta que los otros dedos frenaron el avance. Por un instante pensé que ella quería que allí dentro tocara algo, no sé qué, algo duro y aterrador. Así de desquiciado me tenía el jueguito de Veronika. “Ahora... observa” dijo, separando aún más los pares de dedos con los que se abría el sexo. “Observe cómo la mucosa alrededor del clítoris se pone tensa debido a la ocupación de la vagina”. Observé inclinándome para ver de más cerca, mientras en sus entrañas mis dedos se desperezaron y empezaron a explorar a diestra y siniestra. “Ahora sáquelos”. Los saqué, y mis dedos reflejaron la luz líquida y ambarina, tan lubricados como los pistones del Lincoln. “¿Ve cómo la mucosa ahora se afloja?”. Por pura curiosidad clínica volví a meter y sacar los dedos. Veía, por cierto que veía y seguiría viendo, el problema era que a esta altura me estaba costando seguir sus razonamientos. Jadeaba, y la lengua no me caía fuera de la boca porque se lo impedían los dientes, las gotas de sudor de la axila del brazo activo bajaban por mi flanco, costilla por costilla, hasta la cintura, y mi miembro, endurecido, levantaba sin esfuerzo la sarga del pantalón, con el mismo elemental orgullo con que el mástil sostiene a las velas hinchadas por el viento.

Como con la intención de observar el fenómeno con todo detalle, estaba yo metiendo y sacando los dedos larga y lentamente, inclinándome sobre el teatro de los acontecimientos a tal punto que, si me lo ordenaba, hubiera podido lamer la zona con solo sacar la lengua fuera de la boca. Tenía el granito ya apenas enrojecido, digamos que a una lengua de distancia de mi boca. “De esta manera, indirectamente, el clítoris recibe un masaje que tarde o temprano llevará al orgasmo. Es lo que Freud en su ignorancia llamaba orgasmo vaginal” seguía implacable y presuntamente magistral Veronika, aunque ya entrecortándosele por momentos el aliento. “Es más” dijo respirando hondo “si seguís así...” y se cortó, ganada por un dulce jadeo. “Si seguís así...” repitió “vas a ver cómo mi Rey... empieza a ganar en estatura...”.

A esta altura de la lección de anatomía mis sesos eran algo entre el algodón y la estopa, y de haber intentado responder a la pregunta que entonces me hizo —“¿Querés ver cómo crece?”- muy poco más que baba hubiera salido de mi boca. Apreciando mi estado de atontamiento retuvo con energía las riendas de la situación. “Hazlo más fuerte” ordenó, y obedecí. Con lucidez afiebrada capté el conjunto de la situación: me vi excavando frenéticamente el hueco de la Veronika de abajo mientras la de arriba pelaba los dientes y los apretaba en un rictus enajenado y feroz. Se dejó caer contra la espalda del sillón, cerró los ojos y automáticamente se puso a proyectar la pelvis contra el pistoneo. Un ronroneo gutural y amenazador se le escapaba desde detrás de la garganta y se expandía en el silencio aterciopelado de la suite, apenas perturbado por el tamborileo de las rachas de lluvia contra el vidrio de la ventana. En algún momento el pistoneo empezó a sonar como a caucho mojado. Con la palma de la mano abierta, por sobre el pantalón, desde los huevos hasta la cabeza, me masajeaba yo el miembro, tan duro que me dolía. “Pero así, pensé, se acarician las mujeres”. ¡Mi mano izquierda abierta me masajeaba el miembro con una caricia lánguida, femenina! Juro en el nombre del dios que ustedes quieran invocar que jamás antes ni después de aquella mañana me toqué así, como se tocan las mujeres. ¡Mi mano no era mía, era una mano de mujer...! ¡Pero yo nunca he abrigado en mi pecho ni la más mínima sombra de femineidad!

Créanme que estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano, o por lo menos un esfuerzo por encima de mis fuerzas, para revivir y reproducir el conjunto y el detalle de aquella media hora -más no fue- que nunca olvidé, que siempre estuvo presente en cada momento de mi vida sexual desde entonces. Mi mano izquierda estaba inequívocamente acariciándome el miembro como se masturban las mujeres, con la mano bien abierta y con el dedo medio presionando y masajeando la veta secreta de inervación, exactamente allí donde, precisamente, no había un clítoris. Y esto sin dejar de excavar mi mano derecha en su hueco como si se tratara de algún tipo de gimnasia para endurecer los músculos de los dedos. Que el Diablo me lleve si ahora, décadas después, he llegado a entender aquella borrachera, aquella dualidad demente. Dejó de

abrirse la vulva para chuparse los dedos como si soltaran un jugo delicioso. Todo a un ritmo infernal: su boca chupando, mi mano derecha hurgando y la izquierda haciéndome mujer. La danza frenética de los dedos se había desatado, y parecía poder continuar eternamente, como convertida en máquina. Tuve un segundo de pánico cuando me ganó la imaginación de la puerta abriéndose y los hermanos mirando, con los ojos muy abiertos, aquella cosa grotesca. Fue entonces que volví a mirar su sexo y vi la metamorfosis que estaba sucediendo. De entre los pliegues de piel y de entre el ralo vello dorado, a partir del granito en cuestión, emergía lentamente, pero a ojos vista, algo muy parecido -aunque la comparación no se me ocurrió entonces, estupefacto como estaba, sino después- al cuernito puntiagudo, rojizo, brillante como si fuera de plástico, que emerge a veces de entre el pelo del bajo vientre de un gato cuando se lame para lavarse. ¡Algo idéntico a la pijita de un minino!

De más está decir que la sorpresa me inmovilizó instantáneamente. Veronika reaccionó como si le hubiera asestado una cachetada. Volvió a abrirse la vulva y me miró con ojos desorbitados de científico loco. El cuernito parecía ya haber detenido su crecimiento y sobresalía... ¿cuánto?... ¿qué diré?... como unos dos centímetros... ¡dos centímetros! de entre los labios y el vello. “¿Ves ahora?” gruñó acusadora y triunfal con voz enronquecida. El pequeño obelisco rojo se erguía ante mis ojos, desafiante, en lo que me parecía, o en lo que parecía razonable, que fuera toda su medida. “Mírelo bien” ladró “porque esto, mi querido, es algo que no se ve todos los días”. Todas mis defensas psicológicas estaban desmanteladas ¡La diosa nórdica tenía un cuernito rojo entre las piernas! Me hubiera impactado menos si hubiera tenido la lengua bífida o pezuñas de cabra. Me alejé de su cuerpo, desalojé su vagina, como si su contacto fuera radioactivo. “¿Y sabés por qué tenés el privilegio de estar viéndolo?” preguntó, sin duda que divertida por mi pasmo. “Por tus manos. Muy pocos machos tienen dedos como los suyos” explicó, inesperadamente melosa. Mis dedos largos, delgados, delicados de piel, casi infantiles. Dedos absurdos que tantas veces me hicieron sentir avergonzado, al punto que hubo un tiempo, de muchacho, que estaba siempre de guantes. En ellos estaba concentrado el deseo de Veronika. “Voy a pedirte algo que nunca le pedí a nadie” siguió, dulcemente inexorable, soplando cada palabra

directamente en mi cerebro, como por telepatía. “No...” balbuceé, francamente asustado, como una mujer que a punto de ser violada no quiere oír el detalle de lo que le van a hacer. “¡Maricón!” ladró, melosa sí, pero tan melosa como podría resultar un can infernal. Imaginé horrores: que quería que le extirpara con una navaja aquel apéndice recalcitrante, duro y brillante, como a punto de reventar. O que se lo extirpara de un mordiscón. Apelaría a mi compasión para que la librería de aquel estigma que no se atrevía a exponer sobre la mesa de un quirófano. ¡Pero no...! No era eso... Era por mis dedos que me había elegido.

De pronto comprendí. Veronika me miraba fijo, jadeaba, parecía concentrada, como en trance, concentrada en lograr que el horrible apéndice continuara creciendo. No quería que se lo arrancara con los dientes. Quería que se lo masturbara. Y seguramente también que se lo chupara. “No...” repetí. Tenía que huir. Ya mismo. “Es muy chiquito” argumenté estúpidamente, aunque ella todavía no me había dicho qué quería de mí. “Crece más” aseguró, inapelable. “Veronika, este no es el tipo de cosas que a mí me... Yo no... Si fuera algo más...” Me daba lástima oírme. La primera de las Reglas de la Caballería dice que cuando se ha pasado determinado punto hay que seguir adelante, sea como sea. No se puede salir entonces con remilgos, morisquetas y zalamerías. “No me estarás diciendo que no ¿verdad? ¿A qué es que estás diciendo que no si yo no te pedí nada todavía?” preguntó simplemente, sin tonito, sin intención, sin énfasis, como volviendo en sí de una distracción. Bastó con eso. ¡Qué demonios! Sentí claramente que, si me negaba a algo, a lo que fuera, me entregaría a la Gestapo.

Me vio quebrado y volvió al tono infantilizador. “Vení aquí” dijo, deslizándose hacia la alfombra. Se acomodó, y me acomodó, con mano firme, de manera que quedamos tendidos uno junto al otro, pero invertidos, como si fuéramos a hacernos mutuamente objeto de gratificación oral. Tanteó mi sexo por sobre la tela del pantalón. “¿Qué pasó? ¿Nos estamos enfriando? Yo lo caliento otra vez” murmuró, más para sí que para mí, más como amenaza que como promesa, y con dedos hábiles y urgidos desabrochó la portañuela, hizo a un lado la tela del calzoncillo y empuñó, si no una rigidez, por lo menos una disposición claramente favorable. Engulló su presa un par de

veces, tan a fondo que sentí la brisa cálida de sus narinas soplándome sobre los huevos, y succionó tanto como para ahuecársele hasta el hueso las mejillas. Cuando volvió a exponerla al aire estaba tan dura como pueda estarlo. La sacudió con fuerza y gesto apreciativo varias veces. “Vos ya querés soltar lo tuyo ¿eh?” le dijo, con acento tan de acá como en un tango obsceno. “Pero yo te diré cuándo” dictaminó, volviendo al español de los manuales. Se volvió hacia mí: “Primero vos tenés que hacer tu parte”. Se acomodó boca arriba con los muslos separados y volvió a abrirse el sexo. La pequeña erección había desaparecido. “Otra vez con los dos dedos” ordenó, como si me pagara por ello. Obedecí sin chistar, apoyando un codo entre sus piernas y penetrándola otra vez. Cerró los ojos y gruñendo arremetió con la pelvis contra mis dedos. El cuernito, obediente también a sus mandatos, volvió a salir de su refugio. Rapidito volvió a alcanzar la anterior estatura, pero mostrando un rojo más espeso. Veronika soltó unas aes francamente agresivas. Me encendí. Discretamente, con solo el pulgar y el índice, delicada como una dama, mi mano izquierda se dispuso a masturbarme. Ella abrió los ojos al sentir el susurro de la piel y la sarga junto a su oído. “Dejá eso. Ya voy a ocuparme” ladró, tajante, y solté mi sexo como un adolescente pescado in fraganti. Estaba claro que ella tenía la palabra, que todo sería en todo detalle cuando y como ella quisiera.

“Dame más fuerte” exigió, y yo, para pistonear con verdadera saña, me semi-incorporé liberando al codo de la función de apoyo. Me respondió con un gruñido continuo saliéndole directamente desde la mitad del pecho. Macho como es uno, redoblé la grosería pensando que llegaría el momento, cuando entrara en la zona del orgasmo, en que se abandonaría a lo que se me antojara, cerrando el pico. El monstruito seguía creciendo. ¿Cuánto medía ya? Cuatro centímetros quizá. “Ahora” ladró, volviendo en sí y apoyándose en ambos codos para ver mejor. “Masturbalo” ordenó, comenzando a revelarme sus designios, y la razón por la que mis dedos la sedujeron. Con total torpeza -como se podrán ustedes imaginar- intenté atrapar la verguita entre el pulgar y el índice. Sorbió un chijete de aire por entre los dientes en gesto de desagrado. “Tonto ¿no ve que es piel súper sensible como la de la cabeza de su pija?”. Tenía razón, por supuesto, la piel del cuernito tenía la misma consistencia delicadísima, fácil de rasgar y

levemente adhesiva. “Mojate los dedos primero”. Me llevé los dedos a la boca. “Pero ¿es que no piensas nunca?” escupió. “Mójalos dentro mío”. Esbirro de sus mínimos caprichos recogí lubricante en la cuevita con el índice y lo compartí con la cara del pulgar. Volví entonces a aferrar el manguito y a recorrerlo de arriba abajo. Era raro: no había una capa de piel que con el movimiento de mis dedos se desplazara protegiendo al órgano, eran directamente mis pulpejos los que lo recorrían de cabo a rabo, era como masturbar directamente un glande desnudo... y largo. “Así” soltó, con muchas eses, finalmente satisfecha. “Masturba mi verguita ¡Más fuerte!” ronroneó, ingresando de lleno en la zona del éxtasis. Aquello seguía creciendo, y se robustecía, a punto tal que llegué a sentir que por dentro tenía un hueso. “Ahora suave, y después acelerando poco a poco porque estoy por acabar” dijo, otra vez dulcificada. Juro que, a esta altura, mirando el fenómeno con ojos como platos, no me hubiera sorprendido de ver abrirse en la punta del cuernito una boca de la que soltara un líquido.

Veronika volvió a apoyar la espalda sobre la alfombra, abandonándose al placer que mi torpeza le propinaba. Volteó la cara hacia mi verga. “Póngamela en la boca” pidió con voz como de estar orillando el éxtasis. Le había sobrevenido tal languidez, tal atontamiento como consecuencia del meneo a esta altura frenético que estaba propinándole a su retoño, que tuve que empujar el glande contra sus labios entreabiertos para que ingresara. Entonces se puso a mamar con más delicia que gula, como un bebé dormido. Sin que pueda decir por qué, porque nada pasó por mi mente en ese momento, sino que el impulso vino desde algún otro oscuro repliegue de mi ser para mí indiscernible, indescifrable e incomprensible, me incliné sobre el pubis de Veronika y atrapé con la boca el apéndice, que a esta altura ya vibraba como un epiléptico, todo retortijones y rigideces, o como un energúmeno enano y fuera de control, y me puse a chuparlo cabeceando suavemente, replicando con mi boca lo que estaba recibiendo de la suya. Su cuerpo comenzó a arquearse en la inminencia de la descarga. Recorriendo el cuernito con los labios comprendí que ya medía seis o siete centímetros, quizá ocho. Cuando acabó, soltando unos desmayados gemidos de placer, dejó de mamar, pero no soltó la verga, consciente, creo yo, de que ya se hinchaba para soltar el chorro. Mamó al sentir el derrame y tragó retorciéndose de placer, aunque no

tanto como para arrancarme de la boca su maravilla, que comenzó a aplacarse, relajarse y ablandarse, así como mi verga vaciada se desinflaba en la boca inesperadamente mimosa de Veronika. Siguió mi lengua lamiendo el cuernito apaciguado y perdiendo la rigidez, y sus dientes mordisquearon, diría yo que amorosamente, la piel vuelta porosa de mi glande, que no dejó de entregarle un último goterón de semen.

.....

Hasta aquí llegaría mi relato. Le he dado un final simplificando y redondeando, un poco dulcificando, omitiendo vericuetos que me resultan por demás difíciles de expresar y embarazosos. Pero una vez puesto este punto no tan final, he pensado que sería lamentable haber hecho todo este esfuerzo para, por pereza mental o por pudor, dejarlo inacabado. He decidido, pues, seguir adelante con el relato en la medida de mis posibilidades, y he decidido que, puesto que para mañana mismo esperan ustedes contar con mi colaboración, dejaré en manos del doctor Carlos Colacaleschi, estimado amigo, que será quien reciba estos papeles, la decisión de aplicar la tijera donde le parezca adecuado.

Cuando Veronika comenzó a despeñarse orgasmo adentro, empujando con su cuernito dentro de mi boca, es decir, cogiéndome por la boca con su cuernito, experimenté una especie de empatía con la naturaleza de su deseo, cosa nada sorprendente puesto que era el mismo deseo que había yo experimentado siempre en mi vida sexual. Lo cierto es que entre lamida y chupada empecé a decirle cosas de las que, como varón de ley, me avergüenzo tanto como es posible avergonzarse, y que no voy a consignar aquí, pero que tuvieron un efecto volcánico en su placer, porque los balanceos de su pelvis se convirtieron en verdaderos topetazos duros, secos y crueles, topetazos de quien sabe dar con la verga el placer más brutal. Llegado el momento, un poco por razones de orden y simetría, no pude sino coronar cada estocada de su cuernito en mi boca precisamente con la vocal abierta que Veronika quería escuchar, y llegué a alucinar que el apéndice soltaba sus imposibles jugos en el fondo de mi garganta.

De pronto se separó, bruscamente, y se paró. “Bajate el pantalón y arrodíllate en el sillón” ladró, inapelable. Me paré. “No, Veronika, eso no...” le dije, terminante a mi vez. “No seas maricón” dijo con un tono apenas contenido de desprecio. “Esto es algo único. Algo que nunca más vas a conocer en tu vida” decía, perniabierta, masajeándose el órgano ya congestionado al rojo vivo, como un tipo que se soba para mantener la erección mientras convence a la mina de algo que ella no quiere hacer o que le hagan. “No” repetí. Pero ella captó algo en mi “No”, y se limitó a decir: “Sí”, y se acercó y me besó en los labios a la vez que puso mi mano sobre el cuernito. ¿Qué digo “cuernito”? Cuerno era a esta altura de las cosas. No tanto como una verga de hombre, pero sí como una verga de adolescente. Me chupó los labios y la lengua mientras me soltaba el cinturón y soltaba los botones de la portañuela. Después se separó y simplemente me miró a los ojos. Me taladró hasta el alma y me la reconfiguró. Me hizo actuar dócilmente en contra de mi voluntad. Así, en esas condiciones, fue que me bajé el pantalón y me arrodillé en el sillón.

Era algo horrible, nunca, ni en los tiempos de hacer cochinadas, de chiquilines, había hecho algo así, exponer las nalgas desnudas. Yo era joven, y deportista -por lo menos los domingos-, y bastante lampiño, de manera que mis nalgas, redondas y blancas no pudieron haberle disgustado. ¡Como si eso hubiera importado! Todo lo que ella quería era clavar su aberración, sentirla clavada y tenerme clavado. Hollarme, humillarme. Lo sé. Tal como ella leía en mí empezaba yo a leer en ella. Me dio una inmensa tristeza mi incapacidad para resistir. Las gotas de agua deslizándose por el vidrio de la ventana eran las lágrimas que pugnaban por brotar de mis ojos. No sé con qué se lubricó, supongo que con sus jugos. Separó mis nalgas con manos firmes y fuertes, masculinas, y apoyando la punta del cuerno, me penetró. Casi no sentí dolor. No más que con un supositorio. Aquello era puntiagudo, de poco calibre y duro como un hueso. Penetró todo lo que pudo, hasta que sus rubios pendejos acariciaron mis nalgas. Me tomó de las caderas y se puso a cogerme con tanta energía que me parecía que una verga tremebunda me estaba enculando. Lloré sí, mis lágrimas mojaron el tapizado del sillón, pero no de dolor sino de impotencia, de no ser capaz de librarme de aquella atroz aberración, de aquel coito infernal. Me cogía con tan brusco desprecio como el que,

detrás de unos arbustos, al anochecer, un patán puede emplear con su minita. Me da pena decirlo, pero me hago cargo de que si me lo hubiera hecho con un poco más de consideración me hubiera resultado más llevadero y hubiera comprendido mejor la naturaleza extraña, pero humana al fin, del deseo que la dominaba.

Entonces fue que lo horrible se desató. Lo que mi mente perturbada imaginó lo viví tal y como si fuera real. Otto y Eli abrieron la puerta y se encontraron con mi grotesco enclavamiento a manos de la bella, genial, sublime Veronika. Otto sonrió de oreja a oreja -conocía sin duda alguna y por experiencia el deseo de su mujer-, pero Elizabeth no podía dar crédito a sus ojos. ¡Y lo peor fue que en vez de tratar de huir de aquella horrible situación me puse a culear con desvergonzada energía, como empecinado en sacar de la aberrante verguita ya no un chorro de semen sino una verdadera explosión de fuegos artificiales! No hubiera habido en sus rostros más sorpresa y maravilla si hubieran estado contemplando al Tercer Reich renaciendo de sus cenizas. Y hete aquí, volviendo a la realidad, que en medio de tal imaginación, cuando Veronika alcanzaba el orgasmo rugiendo como si le estuvieran arrancando la planta de los pies, dándome su antinatural y absurdo apéndice por el culo con tal saña como si quisiera desfondármelo, cuando presa de la mayor urgencia mi columna de mercurio se lanzaba ya tallo arriba en busca de la zambullida final en el vacío, no sé qué cosa me vino a la cabeza como de tigre lastimado y arrancándome de la sumisión la empujé haciéndola caer sobre la alfombra atrapando con mi boca el cuernito y poniendo a disposición de la suya la cabeza de mi verga, a punto de explotar. Se lo chupé con tal avidez que no pudo sino explotar -en seco- en mi boca. Cuando gruñendo vencida se entregó al abandono la tomé del pelo y la obligué a aceptar otra vez mi verga en su boca. Solté el chorro de semen y Veronika entonces, reaccionando me clavó los dientes en la mitad del tallo, obligándome a padecer el dolor como placer y el placer como dolor. Traté de hacerle daño en la garganta, de soltarle lo que me quedara directamente en el esófago. Tuvo arcadas y zafó. Ya no me quedaba nada por acabar. Me tendí a su lado y le besé los labios. Me miró. Nos miramos como si acabáramos de asesinar a alguien. Entonces sí... entonces sí golpearon a la puerta. No respondimos, concentrados en recorrer hasta el final las playas del orgasmo. Tantearon la puerta.

Gracias a Dios o al Diablo -vaya uno a saber- estaba cerrada con llave. Nos lamimos y nos chupamos las bocas. Le tanteé la vulva. A diferencia de mi verga, que desinflándose reptaba de regreso a arroparse, su retoño parecía disolverse en el aire, como un fantasma.

Hubo un momento, debo decirlo si quiero que este relato sea enteramente fidedigno, momento que duró unos cuantos segundos, mientras le daba con la punta de la verga en la garganta, entregada como estaba al orgasmo hasta la indefensión, momento que duró hasta que me mordió el tallo devolviéndome a la realidad, en que, conscientemente y con toda la saña, estuve vengándome de la manera más elemental y primitiva, del terrorismo que empleó para seducirme, para violarme, debo decir, y, más allá de violarme, para retorcer y pervertir mi verdadera naturaleza. Hubo ese momento y hubo esa venganza, y yo creo que si no los hubiera habido, aquella mañana demente me hubiera hecho un daño tal que no he querido nunca ponerme a imaginarlo.

Seguramente que Otto y Eli estarían bajando a la recepción en busca de las llaves. Teníamos, pues, unos pocos minutos para rehacernos, salir de allí, bajar por la escalera lateral y fingir que también regresábamos de un paseo, un paseo por dentro del hotel, por supuesto, ya que Veronika no estaba vestida para la intemperie. Pero ¿cómo reponernos de inmediato? Veronika permanecía planchada sobre la alfombra, y parecía como indiferente, o ajena a la situación, aletargada diría. “Veronika...” susurré, pero no respondió. Me costaba creer que esta muñeca alemana tamaño natural, de piel y pelo y carne y hueso, que había tenido vencida y arrasada por el orgasmo hasta yacer desmadejada, vulnerable y entregada a cualquier tipo de represalia, exceso o venganza, me había intimidado al punto de arrastrarme contra mi voluntad a la locura que vivimos. “Veronika...” insistí, con un poco más de voz. Me miró sin verme y estoy seguro que, durante largos segundos, no supo ni dónde estaba ni con quién. Estaba claro que, para ella, poniendo en juego su fantasmática peculiaridad sexual, un polvo no era simplemente un polvo, era un verdadero terremoto. No menos lo había sido para mí, pero era urgente salir de la habitación. La ayudé a pararse, y su cuerpo me

pareció liviano como una pluma y totalmente desprovisto de energía. Ya no me miraba como si fuera transparente, sino más bien como si nunca me hubiera visto antes. Evidentemente su plan era quedarse ahí parada, con la mano acariciándose la garganta y un rictus de desagrado en los labios, como si tuviera un pelo pegado en el paladar. La tomé de la mano y jalé de ella hacia la puerta. “Rápido, Veronika, que ya vuelven” la urgí, pero se soltó de un tirón. “Espere, tonto” masculló, quizá volviendo en si y volviendo a ser la misma de antes. Fue hasta la cómoda, tomó la botella de Salus y se sirvió un gran vaso de agua, que bebió a grandes tragos. “Vamos ahora” dijo después de pasarse la lengua largamente por los labios.

No hubo instancia en la que estuviera a solas con Veronika antes de la partida. Ni busqué que la hubiera, por supuesto. Los Von Viereck – Blakenhof partieron al día siguiente hacia Buenos Aires en el hidroavión de CAUSA. “Es un Junker” comentó Otto como para sí, quizá sorprendido, al llegar al Puerto. “J-52” agregué yo. “Exacto” dijo sonriéndome en aprobación. En el momento de los besos y los abrazos, antes de que subieran a la lancha de embarque, sentí que la mano de Veronika se deslizaba dentro del bolsillo de mi sobretodo. Lo que me dejaba, a manera de souvenir sentimental, era la bombacha que le vi sacarse antes de que me violara.